

preocuparme más. Cumplí mi último año de joven" (p. 166). El círculo se cierra con el aparente triunfo de las "viejas". Sin embargo, Elena Portocarrero nos ha dado un libro sorprendentemente joven. En él palpitan las inquietudes e ideales de la nueva generación. Y por eso, y a pesar de la derrota de las ideas progresistas, su novela es más risueña que amarga.

La escritora crea una obra de variados matices con frases donde la ausencia de verbos nos recuerda la reciente poesía de Octavio Paz. Usa el monólogo interior para adentrarse en sus personajes que se nos revelan en lucha inútil contra el medio; sobresalen los niños que la autora maneja con seguro dominio de técnica y sicología. Con sugestivas pinceladas, Elena Portocarrero evoca el paisaje peruano y la atmósfera pueblerina que envuelve a los personajes. Y usando la eterna pugna entre las nuevas ideas y las fuerzas retrógradas nos da *La multiplicación de las viejas*, obra de tema universal donde tipos humanos, actitudes, sucesos, sugieren la realidad del Perú y encajan perfectamente en el marco narrativo.

The City College, CUNY

RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ

ALBERTO BAEZA FLORES. *Tres piezas de teatro hacia mañana*. San José: C. R. Edics. Epoca y Ser., 1974.

GILBERTO PINTO. *Los fantasmas de Tulemón*. Caracas: Monte Avila, 1975.

Hace bastante tiempo ya que se viene proclamando la muerte del realismo como técnica teatral merecedora de interés actual. No obstante, a veces cabe preguntar si esta denuncia en bloque no está rebotando en perjuicio de los que buscan ciertos efectos dramáticos. Viene al caso la nueva obra del dramaturgo venezolano Gilberto Pinto, *Los fantasmas de Tulemón*. Se trata de la historia de un asesino político, un verdugo a sueldo, mientras está escondido, después de la caída de sus amos. El tema tiene posibilidades, y Pinto conoce a fondo los recursos del teatro: es dramaturgo, actor y director, como se nota en el hábil manejo de los sueños de Tulemón y las otras irrupciones irrealistas. Pero en el fondo, existe una gran probabilidad de que está misma destreza que le condujo a la presentación no-realista lo traicionara en el propósito. Tal y como está presentado Tulemón, no convence a nadie. Es decir, tenemos un Tulemón hecho ya, totalmente canalla, a quien le asaltan recuerdos, deseos, hambre, sueños, etc. Claro está que todo este aparato debiera mostrar cómo llegó a ser lo que es, pero fracasa. Nunca tenemos una verdadera comprensión de cómo y por qué se volvió tan canalla; jamás penetramos en su alma para ver sus resortes anímicos. La dinámica teatral funciona muy bien, pero funciona sobre un personaje eje de la obra que en sí no tiene dinámica. Unas cuantas alusiones a su desastrosa niñez, unas cuantas más a su amor a las letras, no explican la bestia que se encuentra acorralada. Y cabe preguntar si no habría tenido mayor éxito, en términos dramáticos, una presentación menos adornada y más directa. El realismo que está aniquilado es el realismo de cajón; el realismo como manera de concebir la presentación dramática es tan válido como nunca. Claro está que la obra tiene obvias resonancias políticas; además de representar los abusos de ciertos sistemas sociopolíticos, para algo se llama el monstruo Tulemón, *tout le monde*. Pero presentarnos el fenómeno así, a secas, no va a convencer sino a los ya convencidos, y la dinámica interna y externa que acaso nos haga comprender exactamente como fue posible semejante engendro no funciona.

Otra reacción hacia el realismo, muy frecuente en el cine, la televisión y la narrativa, es la llamada ciencia-ficción. Curiosamente, en el teatro, género muy dado a la fantasía, la ciencia ficción es sobremanera infrecuente. Ya es hora de tomarla en serio como posible variante o modalidad artística creadora en el teatro. Precisamente por eso queda desencantado el lector de *Tres piezas de teatro hacia el mañana*, de Alberto Baeza Flores. Son de las obras de ciencia ficción que en nada se distinguen de las demás de otro tipo. Es decir, vestir a los personajes de traje interestelar y ponerlos a cabalgar cohetes en vez de andar en coches o caballos en nada afecta lo esencial de la obra. Peor todavía, se trata de tres adaptaciones de conocidos temas: *Romeo y las brumas*, *Otelo y la soledad*, *Hamlet y las galaxias*. Lo de ciencia ficción es lo de menos; no afecta a lo que pasa. Vestir a los personajes de mañana no quita que la obra sea de hoy, sobre todo cuando el enfoque es casi totalmente literario, con largos soliloquios, poemas grabados, etc. Donde mejor se ve el problema es en *Otelo y la soledad*, adaptación de Otelo para un futuro en el cual todo mundo sufre de nostalgia para hoy, de manera que frecuentan *boutiques* y visten igual que en 1970. Las posibilidades son fascinantes, pero los tres planos, el clásico, el futuro y el actual parecen flotar a través de la obra sin reconciliarse jamás, y a la postre nos hallamos frente a otra versión literaria más.

Rutgers University

FRANK DAUSTER